



SANTOS



Nació en Tagaste, actual Souk-Ahras (Argelia), en el 331 ó 332, de una familia de buena posición social y profundamente cristiana. Contrariamente a la costumbre del tiempo, le fue permitido estudiar, y ella lo aprovechó par leer y meditar la Sagrada Escritura.

Se desposó en plena juventud con Patricio, aún no cristiano; modesto propietario de Tagaste y miembro del consejo municipal, bueno y afectuoso, pero autoritario y fácil a la ira. A pesar de su intenso amor a Mónica, su carácter le llevó a ser áspero y a la infidelidad; que ella pudo vencer a fuerza de bondad y mansedumbre. A los 22 años, nació su primogénito, Agustín; y a continuación el segundo, Navigio, que murió joven; y después una hija, cuyo nombre se ignora, aunque se ha hablado de Perpetua, que se casó y al quedarse viuda entró en el monasterio femenino de Hipona, fundado por Agustín, llegando a ser su Abadesa.

Fuerte de ánimo, ardiente en la fe, firme en la esperanza, de brillante inteligencia, sensibilísima a las exigencias de la convivencia, asidua en la oración y en la meditación de la Sagrada Escritura, encarna el modelo de la esposa ideal y de la madre cristiana.

Gana para Cristo a su esposo, después de haber rezado tanto para que se amansase; y obtiene el consuelo, un año antes de su muerte, al verlo hacerse catecúmeno y ser después bautizado en su lecho de muerte en el 369.



Mónica con 39 años toma las riendas de la casa y de la administración de los bienes, pero su preocupación mayor era su hijo, Agustín, que hasta quiso convencer a su madre de abandonar el cristianismo por el maniqueísmo... Después de haberlo intentado todo por llevarle al buen camino, le prohibió volver a casa. Él, amando profundamente a su madre, se marcha a Roma y engaña a su madre, que quería seguir sus pasos, dejándola en tierra. Aquella noche, se la pasó llorando ante la tumba de S. Cipriano. Pero ella no se desanima y continúa heroicamente su obra para obtener la conversión de su hijo. En el 385, se embarca, aunque él ya se ha trasladado a Milán. Allí ella comienza a consolarse al verle frecuentar la escuela de S. Ambrosio, obispo de Milán; y después verle prepararse para el bautismo con toda su familia, con su otro hijo, Navigio, y con su amigo, Alipio; por fin,

habían sido escuchadas sus oraciones.

Logra, con asidua plegaria ferviente y su imploración con lágrimas, la transformación espiritual, la conversión de su hijo, S. Agustín, “es imposible que se pierda un hijo de tantas lágrimas” (S. Ambrosio). Asiste a su bautismo, y con gozo exultante, en la Pascua del 387, viéndole convertido en un cristiano profundamente convencido. Mientras ella pensaba poderle encontrar una esposa cristiana, recibe una grande y grata sorpresa: decide no volverse a casar, y retornar con ella a África para vivir una vida monástica.



El tiempo de retiro pasado en Cassiciaco, cerca de Milán, fue de reflexión, discutiendo de filosofía y de cosas espirituales. Mónica participaba con sabiduría y Agustín transcribió en sus escritos la sabia palabra de su madre, que maravillaba a todos, máxime cuando a las mujeres no les estaba permitido intervenir...

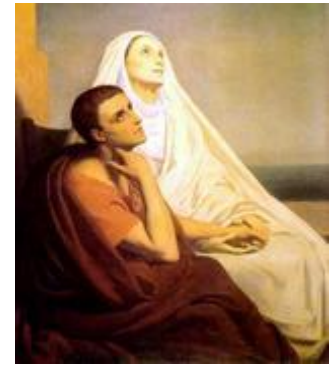
Después de esto, ya no encontraba nada que le atrajera de este mundo, y podía morir contenta, máxime viendo a su hijo consagrado al servicio de Dios. Después de cinco o seis días, en cama por fiebre, y les indicó: “que deberían enterrar su cuerpo sin entristecerse, pero que la recordaran ante

Santa Mónica
27 de agosto.



el altar del Señor”. Agustín, con lágrimas en los ojos, le mostraba su gran afecto, repitiéndole: “Tú me has engendrado dos veces”.

La enfermedad, quizás malaria, duró nueve días, y posiblemente el 27 de agosto del 387, cuando con él y los suyos se preparaba para viajar de regreso a África, muere en Ostia Tiberina (Roma); ciertamente antes del 13 de noviembre, del año 387, a los 56 años de edad.



Unos catorce días antes, madre e hijo habían tenido el dulce “éxtasis de Ostia”: “En él llegaron a tocar un poco en un supremo vuelo del corazón la Sabiduría hacedora de todas las cosas, dejando allí prendidas las primicias del espíritu”.

En el libro de las “Confesiones” está delineada su figura de madre cristiana y contemplativa, atenta a los deseos de los humildes y pobres. Agustín se convierte en el auténtico “biógrafo” de su vida, dándonos verdaderas revelaciones de su vida. Nos la presenta como una buena madre, eficaz siempre con todos y con una profunda educación cristiana. Dice Agustín que “él bebía el nombre de Jesús con la leche materna”; el niño, apenas nacido, fue inscrito entre los catecúmenos... Crecía con la enseñanza materna de la religión cristiana, cuyos principios quedaron impresos en él.



Mujer de grandes intuiciones y de extraordinaria virtud natural y sobrenatural, admirable por su particular fortaleza de ánimo, aguda inteligencia, gran sensibilidad...; respetuosa y paciente con todos.

En el S. XII se comenzó a celebrar su memoria litúrgica el 4 de mayo, fecha que fue trasladada en el año 2000 -al adaptarse el calendario agustiniano-, a la que ya celebraba la Iglesia universal, el 27 de Agosto, en la víspera de la su gran hijo, el obispo de Hipona, S. Agustín, que murió un 28 de agosto (430).

Las reliquias de su cuerpo, durante siglos fueron veneradas en Sta. Áurea de Ostia, hasta el 9 de abril de 1430 que, en un artístico sarcófago esculpido por Isaías de Pisa en el S. XV, fueron trasladadas a la Iglesia de S. Agustín de Roma.

Patrona de las mujeres casadas, madres y viudas.

Su nombre, etimológicamente viene del griego y significa: “la solitaria”.

“Es necesario celebrar, Padre Santo, tus dones en ella, porque, vivificada en Cristo, vivió de tal manera que fuese alabado tu nombre en su fe y en sus costumbres, y en su corazón se palpase tu presencia. Ganó a su marido para ti. Formó a los hijos, dándoles a luz tantas veces cuantas veía que se desviaban de ti; ante sus lágrimas, diarias y sinceras, le concediste que su hijo, Agustín, no pereciese” (Prefacio Misa).



Aunque el testimonio de Agustín más que una biografía resulte un tierno himno filial dentro de un cántico de alabanza al Señor, a él la palabra:

- Muchacha. Educación austera (Confesiones 9, 8, 17-18).

Santa Mónica
27 de agosto.



- Esposa. Buena, paciente, generosa, sembradora de paz... (9, 9,19-22).
- Madre. Atenta a la vida cristiana de los hijos... (9, 9, 22; 1, 11, 17-18; 2, 3, 7; 3, 4, 7-8; 6, 5, 7-8; 6, 16, 26).
- Madre que salva. Volcada en la conversión de Agustín... (3, 11, 19-20; 3, 12, 21; 5, 8, 14-15; 5, 9, 16 - 10, 18; 6, 1, 1; 6, 2, 2; 6, 13, 23; 9, 16, 14 – 9, 7, 16).
- Madre que triunfa. Reconocido por el propio Agustín... (8, 12, 30)
- Maestra. Con una auténtica “sabiduría”... (9, 9, 22; De beata vita 2, 2,8-10)
- Mística. Visiones... (6, 1, 1; 6, 13, 23; 9, 10, 23-24 y 26; 9, 11, 23-28).
- Muerte y sepultura... (9, 11, 28 – 12, 33).

ORACIÓN:

“Señor, Dios nuestro, misericordia nuestra, que adornaste a nuestra Madre Santa Mónica con el carisma de saber reconciliar a los hombres contigo y entre sí; concédenos ser siempre mensajeros de paz y de unidad, llevando a ti los corazones con el ejemplo de nuestra vida. Por N.S.J.”. Amén.